

TÉCNICA, METAFÍSICA Y RELIGIÓN

Leonardo Polo
Universidad de Navarra

El hombre primitivo está expuesto, es decir, colocado a la intemperie del mundo. "Estar a la intemperie" significa aquí sufrir de modo inmediato una multiplicidad de acontecimientos negativos respecto de los aunque se posea una clave interpretativa se carece de control. Lo que se sufre inmediatamente es, sin más, lo enigmático. Pero en todos los casos, sobre este fondo se destaca un mínimo de formalización que permite al primitivo mantenerse seguro hasta cierto punto en su situación. Este mínimo de formalización constituye un plano vital en que la multiplicidad de acontecimientos queda unificada, y en ese sentido atrapada o captada por la iniciativa humana, así como, no dejada en la espontaneidad enigmática. Esto es, desde su inicio, la técnica. Un ejemplo de esto es la domesticación del fuego, que permite, entre otras cosas, superar el frío, fabricar pan, no comer los alimentos crudos, la producción de cerámica, la metalurgia etc.

La técnica saca al acontecer de su fondo y lo deja ahí, hasta cierto punto, a disposición. El fondo del acontecer es alejado en cuanto la técnica hace sus veces, en el modo de establecer un plano de manifestación, plano que es comprensible según su propia articulación formal. Paralelamente, la situación humana "a la intemperie" es auxiliada por la comprensión técnica. El hombre experimenta una cierta seguridad, en la medida en la que al instalarse en el plano de las formalidades se libra del dominio despótico del acontecer.

El esfuerzo interpretativo global que llevó a cabo el hombre antiguo, permite salvar la distancia que se establece por ejemplo cuando se formula la noción de *fysis*. La *fysis* es el abrirse la manifestación de la realidad desde su fondo sin dominio humano. Esto permite entender a la técnica como una cierta función instrumental de la manifestación. Así pues, en último extremo, la técnica remite a la *fysis*, a la naturaleza. De acuerdo con las virtualidades de esta última noción, las formas no se distinguen esencialmente del impulso de aparecer primario y constitutivo de la realidad misma. Según esto, la técnica ni se opone a la *fysis*, ni se impone tampoco a ella, sino que es una manifestación más débil suya. Así pues, la diferencia entre técnica y *fysis* se centra especialmente en la utilidad práctica de la primera.

De acuerdo con las consideraciones precedentes, el hombre primitivo no entendió la técnica como un modo pleno de mantenerse en la realidad. Es decir, no llenó plenamente las necesidades del mantenimiento humano en el mundo. Pero tampoco logró su mantenimiento con la noción de *fysis*. En consecuencia, en este momento la preocupación humana se centró en su carácter mortal.

La tarea de mantenerse *post mortem* trata de encontrar su solución

en el *culto*, es decir, como saber religioso. El culto significa la constitutiva remisión, o religación, al fondo, que se establece aunque el fondo no se manifieste. Por eso, el problema peculiar del culto es la vida del hombre después de la muerte. Sólo los grandes socráticos se asomaron a la comprensión filosófica de la inmortalidad humana. Pero de todas maneras, la filosofía no resolvió la cuestión de la relación divino-humana en términos amorosos.

La fuerza que yace en el fondo es incalculable y, por lo tanto, no se orienta únicamente en la línea de la manifestación, sino que, por el contrario, se abre según una constitutiva imprevisibilidad. Más allá de los ciclos o de los ritmos de lo astral y de lo biológico, el fondo se reserva para lo inaudito y lo insospechado. Ello es así hasta tal punto que los ciclos transparentan lo maravilloso del fondo. Esta transparencia constituye lo "numinoso". Según lo numinoso, lo que acontece en ritmo no consume en sí mismo su sentido, sino que remite más allá, esto es, se constituye como símbolo.

La actitud cultural, sin embargo, no puede contentarse con el símbolo, sino que aspira a desembocar en aquello mismo a lo que el símbolo apunta. Así se abre el ámbito de lo sagrado, que podría definirse como la pérdida de miedo al destino que, transparentándose, es lo numinoso del acontecer.

Desarrollo histórico de la técnica

La técnica alcanza históricamente un crecimiento que, desde el Renacimiento, permite al hombre no sentirse de entrada ex-puesto, sino, más bien, identificado con el acontecer universal. La estructuración matemática de la técnica conduce a considerarla como ciencia. Ya en cuanto estudio de la física la ciencia matemática desplaza por su utilidad a disciplinas científicas anteriores.

También es peculiar de la modernidad que en ella se hace posible entender el acontecer del mundo como interior al hombre. Esta interiorización es posible, insisto, por una consolidación del plano formalizante, lograda con el pensar matemático -y en ciertos filósofos con la dialéctica- de tal modo que el acontecer del mundo aparece como dependiente de su estricta correlación con el pensar humano. La realidad no es externa al hombre, precisamente por el grado de elaboración pensante que ha alcanzado.

Así surge la idea de que el hombre se mantiene en correlación con la realidad. Se trata de una situación de equilibrio sin la cual es incomprensible, por ejemplo, la estética europea.

Últimamente, la referencia de la formalidad a la representación que fue evidente desde el siglo XVI hasta el XIX, se percibe como problemática. La plasmación de la formalidad en representaciones es lo que permite interpretar la realidad externa como un correlato. La expresión de Spinoza "lo mismo es el orden y conexión de las ideas que el orden y conexión de las cosas" es estrictamente sintomática de la situación alcanzada por la modernidad.

La reposición del antiguo tema de la naturaleza se intenta, en la Edad Moderna, como interpretación fundamental de la relación forma-representación. A su vez, si la formalidad se atribuye a la espontaneidad humana, se hace posible también la versión kantiana de la naturaleza humana. El hombre posee en propio su naturaleza. De tal manera, la voluntad es la raíz de la inteligencia.

La consistencia que la representación proporciona al plano formal es, en suma, lo que permite entender al hombre y al mundo en los términos de una estricta simetría. El hombre no está ex-puesto porque el fondo, interpretado como fundamento, no es únicamente propio del mundo, sino estrictamente suyo.

De aquí resulta una modificación de gran alcance del sentido de la verdad. La verdad ya no es un desvelamiento, sino un invento que se alcanza según el crecimiento de la propia espontaneidad formalizadora. Para el hombre el enigma sólo existe de hecho, pero no de derecho, porque la posesión en propio del fundamento asegura de antemano la ilimitada adecuación con la naturaleza en general. La razón humana puede desembocar en estricta identidad con la estructura de la naturaleza: esta es la consecuencia extremosa a que llega el idealismo alemán, que, desde luego, es idealismo en tanto que naturalismo, y al revés.

Asimismo, a partir del Renacimiento e intensificándose en la Ilustración, lo cultural se interpreta como subjetivo. En esto representa un papel importante Lutero y también un pensador inglés anterior llamado Francis Bacon.

Las vacilaciones actuales

La situación actual de la técnica moderna puede entenderse como una transmutación aguda y acelerada de su propio sentido en cuanto que relativo a la naturaleza. La naturaleza se reduce a mera infraestructura de la técnica actual, y eso quiere decir que, en rigor, ha desaparecido. El concepto actual de la técnica concentra la autonomía del puro mantenimiento del hombre en el mundo sin necesidad de correlato natural; y, por lo tanto, sin remitir a una consideración natural del hombre.

La autonomía de la técnica, en cuanto entraña la pérdida de toda alusión al fundamento, es posible en la misma medida en que la referencia de la formalidad a la representación desaparece o deja de ser importante. La técnica actual es escueta formalidad. Incluso se entiende que la referencia a la representación empaña la pureza del proceso de formalización; o que la cuestión del significado es formalmente irrelevante.

En cuanto que desprovista de la dimensión representativa, la técnica se hurta a toda interpretación fundamental; es *strictu sensu* infundada. La técnica se nos presenta hoy como meramente estructural.

Así pues, la técnica actual no coexiste en manera alguna con el carácter manifestativo de la *fysis*, ni tampoco señala el equilibrio del hombre con la naturaleza en general. El mantenimiento del hombre ya no

encierra ninguna resonancia cósmica, en tanto que dicho mantenimiento se cifra en la técnica como estructura. Pero es ahora también cuando la consonancia del hombre con la técnica se formula como un problema extremadamente agudo. El hombre ya no se encuentra expuesto a las fuerzas naturales pero sí a la técnica. La técnica es ahora ajena a toda afirmación del hombre desde sí mismo, puesto que rige con independencia de toda interpretación del hombre como naturaleza.

Este pesimismo antropológico se hizo patente en el psicoanálisis de Freud, cuya interpretación negativa de lo religioso es patente.

La postura de Heidegger

Es lógico que estas conclusiones pesimistas deben ser refutadas. En este sentido puede ser útil apelar a Heidegger. Quien ha esbozado una consideración de la significación antropológica de la técnica en algunos libros suyos como "Sein und Zeit" e "Identität und Differenz".

Heidegger entiende lo técnico como "Ge-stell" (noción que guarda analogía con la de "Gesetz") dentro del planteamiento binario hombre-ser. En último término, para Heidegger la técnica es una realidad transhumana, es decir, fuera del dominio total del hombre. A pesar de que en cierto modo el hombre la domina, la técnica en definitiva es algo independiente que por sí misma está vigente en la constelación hombre-ser. La técnica es armazón en el ser; de manera que el mantenimiento está de antemano regido por la técnica misma; gracias a ella el hombre se mantiene. De aquí la indicada analogía con la noción de "Gesetz".

Es claro que la filosofía heideggeriana, ya desde "Ser y tiempo", es un intento de elaboración ontológica, cuyo punto de partida es la advertencia de que la relación entre el hombre y el ser no puede ser una simple correlación de naturalezas como creyó el clasicismo europeo. La interpretación naturalista del hombre propia de la época moderna es difícilmente conciliable con la técnica actual. Para el naturalismo humanista el hombre acontece desde sí; pero la técnica es hoy un acontecer descentrado respecto de cualquier eventual núcleo humano. Puede decirse que el planteamiento de Heidegger se anticipa al estructuralismo y es más clarividente que él. En lo que respecta al sentido antropológico de la técnica, el neopositivismo lógico no ha añadido nada a lo que ya Heidegger vio, a no ser una cierta resignación.

La pretensión de conservar en la actualidad un concepto natural de la humanidad, como garantía ética de las empresas sociales o culturales, guarda oculta una incongruencia con la formalización a ultranza de la técnica. Desde luego, ni el hombre en concreto, ni su carácter histórico pueden satisfacerse con el concepto natural de la humanidad. Pero, además, tal concepto, en cuanto que apela intrínsecamente a una pretensión de fundar, resbala y se frustra, ya que la técnica ocluye todo fundamento. El concepto de humanidad intenta abarcar la esencia de la especie y todo lo que se deriva de ella, incluso en forma exigitiva. Por lo tanto, la apelación al concepto de humanidad tiene hoy, por lo menos parcialmente, una intención metafísica.

Se proclama que la técnica es un propio de la humanidad y que no es legítima si no sirve al hombre. Pero, simultáneamente, se siente angustia frente a la técnica, porque la humanidad entendida naturalmente es incapaz de asumir las indicaciones del acontecer de la técnica. Cuyo dinamismo tiende a deshacer la pretendida seguridad de la condición naturalista, puesto que la técnica ya no soporta la prioridad de la naturaleza. El concepto naturalista y esencialista de humanidad tiene sus raíces en una interpretación de la naturaleza que tuvo su época de vigencia desde el Renacimiento. La discrepancia entre el acontecer técnico y la comprensión naturalista del hombre, provoca una grave crisis psicológico-social. Esta crisis tiñe profundamente el transcurso histórico de las últimas décadas, y no parece que vaya a solucionarse en un futuro próximo.

Algunos intentos de interpretación esclarecedora de la situación presente muestran, desde las observaciones anteriores, su corta inspiración. Este es el caso del pensamiento de Mc Luhan. Quien intenta un equilibrio del hombre con la técnica utilizando la noción de reconocimiento (cuyo origen hay que colocarlo en la "Fenomenología del Espíritu" de Hegel). Para Mc Luhan la técnica es, ciertamente, una exposición del hombre; pero la trata exegéticamente desde la noción de ex-organismo.

La obnubilación narcisista, en el sentido que recibe en Mc Luhan, puede ser remediada si caemos en la cuenta de que la técnica es una pura prolongación de nuestra constitución orgánica. En este planteamiento el punto decisivo se omite porque la trasposición de lo orgánico no ofrece ninguna indicación acerca de su valor regulativo: lo orgánico extra-puesto muy bien puede ser un acontecimiento respecto del cual ninguna noción disponible pueda instaurarse como control propiamente humano.

En lo que respecta a Heidegger, cabe señalar que su preocupación central es aportar una interpretación capaz de hacerse cargo del destino de la historia de la técnica, justamente en el momento en que tal historia ha llegado a invalidar los conceptos metafísicos, y los métodos correspondientes, que permitieron en otros momentos históricos subsumir la técnica dentro de una comprensión global de la realidad. Para Heidegger, la situación actual de la técnica es un indicio claro de la cortedad de la metafísica misma, o lo que es igual, un indicio de que la metafísica pasó por alto lo verdaderamente decisivo. Es patente que si la metafísica hubiese acertado a considerar lo radical, la crisis o discordia con la técnica actual no se habría producido. Con otras palabras, Heidegger busca lo que quedó al margen del pensamiento transmitido hasta hoy, pretende pensar lo todavía no pensado, lo que se olvidó pensar.

Paralelamente, la ontología de Heidegger está presidida por una intención hermenéutica: versa sobre el pasado con la pretensión de esclarecer su carácter de acontecimiento y formula tal pretensión en términos de un juicio o sentencia. En tanto que hermenéutica, la ontología de Heidegger se coloca en un nivel escatológico. Esto mismo distingue y aproxima, a la vez, a Heidegger y Hegel. La distinción se expresa en que la consideración retroactiva del pasado es una justificación, pero

inseparablemente un juicio. Por eso, al extremar el aspecto judicativo Heidegger desconoce la síntesis o conciliación absoluta. La aproximación estriba en que la interpretación del pasado se hace desde la actualidad, lo cual es lo mismo que conferir a la actualidad un valor desentrañante. Aunque ese valor desentrañante no sea el de una forma dotada de valor representativo, ello carece de relevancia puesto que se trata de desentrañar justamente el pasado.

La hermenéutica del pasado se refiere ante todo a la metafísica interpretada como acontecimiento. La metafísica hermenéuticamente considerada es nihilismo; pero nihilismo en tanto que el establecimiento del saber metafísico requiere una omisión en la que se oculta su propia nada. La exención del pensar la propia verdad de la metafísica como nada decide de antemano el destino de la metafísica como acontecimiento. Este acontecimiento, en cuanto que ocultamiento establece la verdad en el sentido de lo manifiesto que se consume de forma externa, es decir, marca la preeminencia del ente sobre el sentido del ser. En la omisión, o en el olvido, del ser según su verdad, se hace posible la nivelación entre la manifestación y el plano de la formalidad. La metafísica como acontecimiento contiene ya la impotencia para pensar el advenimiento mismo de la formalidad, y por eso desde la interpretación entitativa del fundamento es incapaz de dar razón de la formalidad en cuanto que ésta se destaca como formalidad pura. La exégesis de la metafísica como nihilismo que se oculta a sí mismo es la superación, al menos *in nuce*, de la formalidad como estatuto sistemático manifestativo. Todo sistema en el fondo es nada.

Al aparecer la noción de acontecimiento como carácter propio de todo lo manifiesto surge la pregunta por el sentido del ser capaz de regir respecto del acontecimiento mismo. El transitar desde lo manifiesto al fondo es siempre, según Heidegger, un *paso* de lo claro (que ahora es sinónimo de lo clarividente) hacia lo oscuro. Véase este texto: "producir significa poner algo que aún no es en el ser. En la producción asistimos, por decirlo así, al hacerse del ente, y podemos contemplar su esencia sin disturbios. Pero como se trata de la aclaración del carácter fundamental del ente, se debe empezar la tarea allí donde lo cuestionable es máximo; pues toda aclaración va de lo clarividente hacia lo oscuro, y nunca al revés".

El tema del fundamento se desdobra según esta indicación entre el hombre y el ser. Ambos, en su desdoblamiento están referidos. Por eso la apertura al fundamento, según su dualidad misma, constituye lo que llama "Zusammengehören". En este sentido, como mutuo referirse o destinarse, como encontrarse llevándose a sí mismo y, a la vez, sobresaliendo o sobrepasándose a sí mismo, como empujando los términos de la dualidad uno hacia el otro, la manifestación acontece en el hombre desde un querer. Propiamente, el querer no busca aquello que está simplemente presente o que existe por casualidad de tal o de tal otra manera. En el sobrepasarse el querer sustenta a quien quiere, lo recoge y lo transforma según su propia y peculiar necesidad. Esto quiere decir que el querer es en Heidegger una exégesis del imperativo categórico, en un sentido

completamente trascendental comparable con el que adquiere la libertad en Fichte.

Una orientación de fondo

El tema de la técnica se plantea casi siempre sin ir más allá del plano objetivo y se termina ahí.

Pero no debe olvidarse que el ser humano posee una dimensión cognoscitiva más profunda que los clásicos llamaban conocimiento habitual. Con este nivel activo se corresponden las nociones de virtud y vicio.

El conocimiento habitual de la realidad se suele llamar hábito de los primeros principios, éste conocimiento va más allá de la formulación lógica. En este nivel formularé el primer principio de identidad como identidad originaria; de ello se sigue inmediatamente su eternidad. A su vez, el principio de no-contradicción se formula como persistencia real. En el plano objetivo la no-contradicción, al no persistir es infiel a sí misma. El persistir real corresponde a la realidad creada. De esta manera se va más allá, a la vez que se entiende mejor, la noción de *fysis*.

En lo que respecta a la realidad humana, su conocimiento habitual se formula como co-existir, y por tanto como libertad. El aseguramiento del carácter trascendental de la libertad humana se alcanza al entenderlo como relación con Dios. De esta manera se afianza la dimensión religiosa de la existencia humana.

Aquí me limito a la exposición sumaria de lo que he tratado con más amplitud en otros lugares.

Para mi gran amigo Ignacio Falgueras este breve recuerdo.